

6 de diciembre de 2024

Para Gabriel,

¿Es posible que los pensamientos, atrapados en los muros de la mente que alguien nunca deja de divagar, se transformen en palabras? ¿Cómo podría hacerte entender la grandeza de mi sentimiento sin parecer patética? Si mis palabras te parecen insensatas, no me culpes. Ni siquiera sé si lo que voy a escribir tiene algún sentido. Las palabras huyen de mí, como si supieran que no puedo capturar lo que quiero decir en estas líneas. Tal vez, como siempre, me quede corta; pero escribo, como quien escribe para entenderse a sí mismo. Mi corazón se siente lleno de contradicciones. Una parte de mí quisiera decir todo lo que siento, sin discreción ni miramientos, pero la otra parte se esconde, temiendo no poder plasmar lo eterno. La sensación de tener tanto por decir sobre algo tan esencial como lo que soy y lo que tú representas para mí me hace escribir con aprehensión.

Al mirarme en el espejo, a veces me pregunto si realmente soy la misma que era antes de conocerte. No es que tú me hayas cambiado, no, no me refiero a eso, pero en tu presencia las piezas de mí misma parecen encajar de una manera que nunca imaginé. No de manera contundente, ni en algo tan evidente como las decisiones que tomo cada día, pero en algo mucho más sutil. Es como si algo en mí se hubiera alineado, como si todo lo que había sido antes hubiera servido para llegar hasta aquí, hasta ti. No sé si nuestras almas se han encontrado meramente por casualidad o si todo lo que hemos vivido nos ha llevado inevitablemente hasta este punto, a este pequeño fragmento de tiempo en el que puedo llamarte mío. En cierto modo, tengo la sensación constante de que esto es más que azar, es un hecho que, aunque intangible, ha estado allí desde siempre. A veces me pregunto si eres tú quien me ha dado la respuesta que ni yo misma sabía que necesitaba.

Desde el primer momento en que tu existencia y la mía, me di cuenta de que no podía escapar de ti. Mi mente trata de racionalizarlo, pero algo en mí se rehúsa a encontrar explicaciones. Hay noches en las que no puedo dormir porque me persigue la imagen de tu rostro. Es como si el mundo no quisiera permitirme olvidar que existes. ¿Y cómo podría hacerlo? Es un extraño (pero dulce) tormento el que me has impuesto, uno al que me entrego sin resistencia. Soy tu prisionera más leal.

Hay momentos en los que me encuentro a solas, y sin quererlo, mis pensamientos se dispersan como fragmentos de cristal roto, que aunque intentase repararlo, no recuperaría su forma original. A lo mejor no debería estar tan consciente de mi propia fragilidad, pero la verdad es que a veces me aterra ese silencio que es un huésped habitual en mis días, ese que se parece tanto a la nada absoluta y a la existencia en su totalidad al mismo tiempo. No sé si lo que siento tiene sentido, pero sé que lo que soy contigo es una versión más sincera de mí misma. Y a pesar de todo lo que no sé, de todas las preguntas que aún rondan en mi mente, hay algo que sí sé con claridad: te amo. Aunque me pierda en mis propios pensamientos y en la confusión de todo lo que me rodea, sé que lo que siento por ti no necesita explicaciones, ni tiempo, ni pruebas. Es tal como es, perfecto en su imperfección. La perfección en el caos.

Hay algo en la sencillez de nuestra cotidianidad que me trae paz. En cada momento

que compartimos, en cada palabra que no pretende ser otra cosa que simple, pero que, a su vez, llena el espacio de todo lo que no nos decimos. El amor se esconde en los gestos más sutiles, en las tardes en las que no hay palabras; pero sí una percepción nítida de que el mundo sigue su curso, sin importar nada más.

Quisiera ser la sombra del árbol bajo el cual descansas por un momento antes de seguir adelante. Un faro distante, que ilumine un poco el camino cuando la noche se ponga oscura, pero que nunca se interponga en tu camino. Eres libre. Lo has sido siempre, y uno de mis deseos es que nunca dejes de serlo. Te agradezco por ser quien eres, por compartir conmigo lo que eres. Siempre podrás encontrar en mí alguien quien se enorgullece de todos tus logros, alguien que te apoya incluso en tus decisiones más ajenas a mí. Tal vez no pueda decirte todo lo que siento, pero en cada palabra, en cada gesto, está mi presencia, está todo lo que soy. Y si alguna vez tienes dudas, si alguna vez te sientes perdido, recuerda que, en este momento, estoy aquí.

Eres mi cómplice perfecto, la persona a la que más amo, lo más importante. Te doy las gracias, Angel, no solo por estar, sino por ser. Por la forma en la que, sin pretenderlo, haces que todo parezca más fácil, aunque no siempre lo sea. Y es en esa complicidad, en la que a veces ni siquiera hace falta hablar, donde encuentro la paz que tanto busco.

Con más amor que ayer y menos que mañana,

Ian